

veían el gobierno revolucionario por un lado, y por el otro algunos restos de la facción de los indulgentes, algunos amigos de Dantón, que con motivo de la ley del 22 pradiel acababan de pronunciarse contra tan saludable gobierno.

Robespierre, que le había defendido al defender la ley, era siempre para ellos el primero y más grande ciudadano de la república; todos los demás no eran sino intrigantes que se hacía preciso aniquilar; y por lo mismo excluyeron á Tallián de su comité de correspondencia, teniendo en cuenta que no había contestado á las acusaciones dirigidas contra él en la sesión del 24. Desde este día Collot y Billaud-Varennes, reconociendo la influencia de Robespierre, abstuvieron de comparecer en los jacobinos. ¿Qué hubieran podido decir? No les era posible exponer sus agravios personales y constituir al público en juez entre su orgullo y el de Robespierre; no les quedaba más medio que callar y esperar; y de este modo, Robespierre y Couthón tuvieron el campo libre. Habiendo producido un efecto peligroso el rumor de una nueva proscripción, apresuróse Couthón á desmentir ante la sociedad los proyectos que se le suponían contra veinticuatro y hasta sesenta individuos de la Convención.

«Las sombras de Dantón, de Hebert y de Chaumette, dijo, vagan aún entre nosotros; tratan de perpetuar los disturbios y las divisiones, y lo que ha ocurrido en la sesión del 24 es un ejemplo palpable de ello. Se quiere dividir al gobierno, desacreditar á sus individuos, representándolos como Silas y Nerones; delibérase en secreto, se reúnen y fórmanse listas supuestas de proscripción para espantar á los ciudadanos y convertirlos en enemigos de la autoridad pública.

»Circulóse hace pocos días el rumor de que los comités debían dar orden para arrestar á diez y ocho individuos de la Convención, y hasta se citaban los nombres. Desconfiad de estas insinuaciones pérfidas; los que propagaban tales noticias son cómplices de Hebert y de Dantón, que temen el castigo de su conducta criminal, y que tratan de reunirse con hombres puros, animados de la esperanza de que, ocultándose detrás de ellos, podrán evitar fácilmente la mirada de la justicia. Pefo tranquilizaos, el número de los culpables es muy reducido; no pasa de cuatro, acaso de seis, y serán castigados, porque ha llegado la hora de libertar á la república de los últimos enemigos que conspiran contra ella. Confíad para su salvación en la energía y la justicia de los comités.»

Era prudente y hábil reducir á un corto número las víctimas que Robespierre quería inmolar. Los jacobinos aplaudieron, según costumbre, el discurso de Couthón; pero este discurso no tranquilizó á ninguno de los amenazados, y los que se creían en peligro continuaron durmiendo fuera de sus casas. Jamás había sido el terror tan grande, no sólo en la Convención, sino en las prisiones y en toda Francia.

Los crueles agentes de Robespierre, el fiscal Fouquier-Tinville y el presidente Dumás se habían apoderado de la ley del 22 pradiel, é iban á servirse de ella para asolar las prisiones. Muy pronto, decía Fouquier, se pondrá en las puertas de las casas el anuncio: *Esta casa se alquila*. El proyecto era deshacerse de la mayor parte de los sospechosos, que habíanse acostumbrado

á considerarlos como enemigos irreconciliables, á los que era preciso aniquilar para la salvación de la república. Inmolar á miles de individuos sin más culpa que la de pensar de cierto modo, y que á menudo pensaban como sus perseguidores, parecía una cosa muy natural, por el hábito que se contrajo de destruirse unos á otros; la facilidad en matar y en morir había llegado á ser extraordinaria. En los campos de batalla y en el cadalso perecían diariamente miles de hombres, sin que esto causara extrañeza. Los primeros asesinatos cometidos en 93 se debieron á una verdadera irritación, motivada por el peligro; pero ya había cesado éste: la república era victoriosa, y no se mataba ya por indignación, sino por la funesta costumbre que se había contraído. Aquella formidable máquina que fué preciso construir para oponer resistencia á los enemigos de toda especie comenzaba á no ser ya necesaria; pero una vez puesta en movimiento, no se sabía ya contenerla. Todo gobierno comete excesos, y no perece hasta llegar al colmo de ellos: el gobierno revolucionario no debía terminar el día mismo en que los enemigos de la república estuvieran aterrizados; debía ir más allá; debía ejercer su autoridad hasta que indignase á todos los corazones con sus mismas atrocidades. Las cosas humanas no siguen otro curso. ¿Por qué habían obligado terribles circunstancias á crear un gobierno de muerte que no reinaría ni vencería sino por la muerte?

Pero lo más espantoso aún es que cuando se da la señal, cuando se ha fijado la idea de que es preciso sacrificar vidas y que al hacerlo así se salvará el Estado, todo se dispone para este horrible fin con singular facilidad. Cada cual obra sin remordimientos, sin repugnancia; se adquiere la costumbre de esto, como el juez la de enviar á los culpables al suplicio, como el médico la de ver padeciendo á los seres á quienes opera, como el general la de ordenar el sacrificio de veinte mil soldados. Adóptase un lenguaje horroroso según se sucede en las ejecuciones; truécase después en festivo, y hasta se hallan palabras picantes para expresar ideas sanguinarias. Todos avanzan arrastrados y aturridos en el movimiento, y se ven hombres que la víspera se ocupaban tranquilamente en las artes y el comercio, consagrarse con la misma facilidad á la muerte y la destrucción.

El comité había dado, pues, la señal con la ley del 22: Dumás y Fouquier lo habían comprendido demasiado bien; pero necesitábanse, no obstante, pretextos para inmolar á tantos infelices. ¿Qué crimen podía imputárseles, cuando los más eran ciudadanos pacíficos y desconocidos, que jamás dieron al Estado la menor señal de existencia? Imaginóse que encerrados en las prisiones debían pensar en salir, y que su número les inspiraría el sentimiento de su fuerza, comunicándoles la idea de servirse de ella para salvarse. La supuesta conspiración de Dillón fué el germen de esta idea, que se desarrolló de una manera atroz. Sirviéronse de algunos miserables, que hallándose detenidos, consintieron en desempeñar el infame papel de delatores y que designaron en el Luxemburgo ciento sesenta presos, diciendo que habían tomado parte en el complot de Dillón. En todas las demás cárceles se buscaron algunos de estos colaboradores de listas, que en cada cual denunciaron ciento ó doscientos individuos como cómplices

de la conspiración de las prisiones. Una tentativa de evasión que se hizo en la Fuerza fué muy oportuna para autorizar esta fábula indigna, y acto continuo se comenzó á enviar á centenares de infelices al tribunal revolucionario. Se les encaminaba desde las diversas cárceles á la Conserjería, para ir desde allí al tribunal y al cadalso. En la noche del 18 al 19 mesidor (6 junio) comparecieron los ciento sesenta designados en el Luxemburgo: temblaban al oír aquel llamamiento, sin saber lo que se les imputaba, viendo sólo que lo más probable era la muerte que les tenían prevenida. Desde que el feroz Fouquier se armó con la ley del 22 había mandado hacer grandes cambios en la sala del tribunal: en vez de los siales de los abogados y de los bancos de los acusados, que sólo podían contener diez y ocho ó veinte personas, hizo construir un anfiteatro que tenía cabida para ciento ó ciento cincuenta acusados á la vez, y le llamaba *sus gradillas*. Llevando su frenesí hasta una especie de extravagancia, mandó levantar un cadalso en el propio salón del tribunal, proponiéndose sentenciar en una misma sesión á los ciento sesenta acusados del Luxemburgo.

Al saber el comité de salvación pública á qué punto llegaba el delirio de su fiscal público, envióle á llamar, y ordenóle que mandase retirar de la sala el cadalso allí levantado, prohibiéndole además que juzgase á más de sesenta individuos á la vez. *¿Queréis acaso*, le dijo Collot d'Herbois en un acceso de cólera, *desmoralizar hasta el suplicio?* Debe observarse, no obstante, que Fouquier ha sostenido lo contrario, pretendiendo que era él quien había pedido el juicio de los ciento sesenta en tres veces. Todo prueba, sin embargo, que el comité fué menos extravagante que su ministro y que reprimió su delirio, toda vez que fué necesario repetir á Fouquier Tinville la orden de quitar la guillotina de la sala del tribunal.

Los ciento sesenta fueron repartidos en tres grupos, juzgados y ejecutados en tres días. El procedimiento había llegado á ser tan expedito y espantoso como el que se empleaba en la Abadía en las noches del 2 y 3 de septiembre. Las carretas pedidas para todos los días, esperaban desde por la mañana en el patio del palacio de justicia y los acusados podían verlas al subir al tribunal. El presidente Dumás, ocupando su asiento como un furioso, tenía dos pistolas sobre la mesa; sólo preguntaba á los acusados su nombre, y apenas añadía una pregunta muy general. En el interrogatorio de los ciento sesenta, procedióse como sigue: comparece el primero, llamado Dorival, y le pregunta el presidente: *¿Conocéis la conspiración?*—No.—Ya esperaba que contestaríais eso; pero no os servirá. ¡Otro! Diríase al llamado Champigny y le pregunta: *¿No sois ex noble?*—Sí.—¡Otro! A Guedreville: *¿Sois sacerdote?*—Sí, pero he prestado el juramento.—Aquí no tenéis palabra. ¡Otro! A un tal Menil: *¿No erais criado del ex constituyente Menou?*—Sí.—¡Otro! Al llamado Vely: *¿No erais arquitecto de la princesa?*—Sí; pero me despidieron en 1788.—¡Otro! A Condrecourt: *¿No tenéis á vuestro suegro en el Luxemburgo?*—Sí.—¡Otro! A Durfort: *¿No erais guardia de corps?*—Sí, pero me licenciaron en 1789.—¡Otro!

Así se instruía el proceso de aquellos infelices. La ley expresaba que no se prescindiría de oír á los tes-

tigos sino cuando hubiese pruebas materiales; mas, á pesar de esto, no se llamaba nunca á aquéllos, pretendiendo siempre que existían pruebas de aquella especie. Los jurados no se tomaban ni aun la molestia de volver á entrar en la sala del Consejo; opinaban en la misma audiencia, y pronunciábase al punto la condena. Apenas tenían los acusados tiempo para levantarse y pronunciar sus nombres. Un día hubo un individuo cuyo nombre no constaba en la lista de los acusados, y que dijo al tribunal: *«Yo no estoy acusado, pues mi nombre no figura en vuestra lista. —¿Y qué importa?, contesta Fouquier; decidle pronto.»* El individuo da el nombre, y le envían al cadalso como á todos los demás. En aquella especie de administración bárbara había un gran descuido: con frecuencia omitíase por efecto de la precipitación significar los cargos de la acusación, y se ponía en conocimiento de los reos en la misma audiencia, incurriéndose en los más extraños errores. Un digno anciano, llamado Loizerolles, oye pronunciar con su apellido los nombres de su hijo; guárdase muy bien de reclamar y le mandan á la muerte. Algún tiempo después, el hijo es juzgado á su vez, y encuéntrase con que ya no debía existir, pues un individuo que tenía todos sus nombres había sido ejecutado antes: era su padre, lo cual no impidió que muriese también. Más de una vez se llamó á individuos que habían sido ejecutados ya. Las sumarias estaban dispuestas de antemano á centenares, y no se hacía más que añadir los nombres de los individuos, haciéndose otro tanto con las sentencias. La imprenta estaba junto á la misma sala del tribunal; las formas ya dispuestas, los títulos y los motivos compuestos; de modo que no había más que añadir los nombres, transmitiéndolos por una ventanilla al regente. Tirábanse en el acto miles de ejemplares, que iban á sembrar el dolor en las familias y el espanto en las prisiones. Los que vendían el boletín del tribunal gritaban bajo las ventanas de las cárceles: *¡La lista de los que han ganado en la lotería de la santa guillotina!*

Las cabezas caían desde la publicación de la ley del 22 pradiar á razón de cincuenta y sesenta diarias. *¡Esto va bien*, decía Fouquier, *las cabezas caen como tejas!* Y añadía: *Es preciso que vaya mejor en la próxima década, pues necesito cuatrocientas cincuenta por lo menos (1).* Para esto hacían lo que llamaban *pedidos á los carneros*, nombre dado á los espías que tenían el encargo de acchar á los sospechosos y que eran el pavor de las cárceles. Encerrados como sospechosos, no se sabía á punto fijo cuáles eran los que se encargaban de señalar las víctimas, pero se echaba de ver en su insolencia, en las preferencias que merecían á los carceleros y en las orgías que celebraban en los rastrillos con los agentes de policía. A menudo daban á conocer su importancia para traficar con ella. Se veían halagados y aun implorados por los trémulos presos, recibiendo grandes sumas para que no pusiesen su nombre en las listas. Hacían sus elecciones á bulto, diciendo de éste que había hablado como aristócrata, y de aquél que había bebido un día en que se anunciaba una derrota de los ejércitos. Consignábanse los nombres dados por ellos en otras tantas sumarias, y por la noche iban á notificarlas á los

(1) Véase sobre todos estos detalles la larga causa de Fouquier-Tinville.

presos y á trasladar á éstos á la Conserjería, lo cual se llamaba en el idioma de los carceleros el *diario de la tarde*. Al oír estos desgraciados el ruido de los carretones que iban en su busca, padecían una ansiedad tan cruel como la muerte; corrían y se acercaban á los ventanillos para oír la lista, temblando de que su nombre fuera pronunciado por los porteros. Después de llamados abrazaban á sus compañeros de desventura, y dábanse la despedida de la muerte. Frecuentemente se veían las separaciones más dolorosas, como la de un padre que se desprendía de los brazos de sus hijos y un esposo de los de su esposa. Los que sobrevivían eran tan desgraciados como los conducidos á la caverna de Fouquier-Tinville, y se retiraban esperando reunirse luego con sus parientes. Acabado este funesto llamamiento, volvía la tranquilidad á las cárceles, pero sólo hasta el día siguiente, en que se renovaban otra vez las angustias, estremeciendo á todos el fúnebre estruendo de los carretones.

Sin embargo, la compasión pública principiaba á manifestarse de una manera alarmante para los exterminadores: los comerciantes de la calle de San Honorato, por donde pasaban todos los días las carretas, cerraban sus tiendas, y para evitar á las víctimas tales demostraciones de dolor, trasladóse el cadalso á la barrera del Trono; pero no se encontró menos piedad en aquel barrio de la clase trabajadora que en las calles mejor habitadas de París. El pueblo puede ser desapiadado con las víctimas que él mismo sacrifica en un momento de embriaguez; pero ver expirar diariamente cincuenta y sesenta infelices contra los cuales no le anima el furor, es un espectáculo que acaba muy pronto por conmoverle. Sin embargo, esta compasión era silenciosa y tímida aún: todas las personas más distinguidas que encerraban las prisiones habían sucumbido ya, y la desgraciada hermana de Luis XVI fué inmolada á su vez; pero de los rangos elevados se descendía á los últimos de la sociedad. En la lista del tribunal revolucionario de aquella época vemos sastres, zapateros, peluqueros, carniceros, labradores, botilleros y aun trabajadores, condenados por opiniones y palabras consideradas contrarrevolucionarias. En fin, para dar una idea del número de ejecuciones de aquella época, bastará decir que desde el mes de marzo de 1793, época en que el tribunal comenzó á ejercer sus funciones, hasta junio de 1794 (22 pradiar, año 11), había condenado quinientas setenta y siete personas, y desde el 10 de junio (22 pradiar) al 9 termidor (27 julio), condenó á mil doscientas ochenta y cinco, lo que da como total de víctimas hasta el 9 termidor mil ochocientos sesenta y dos (1).

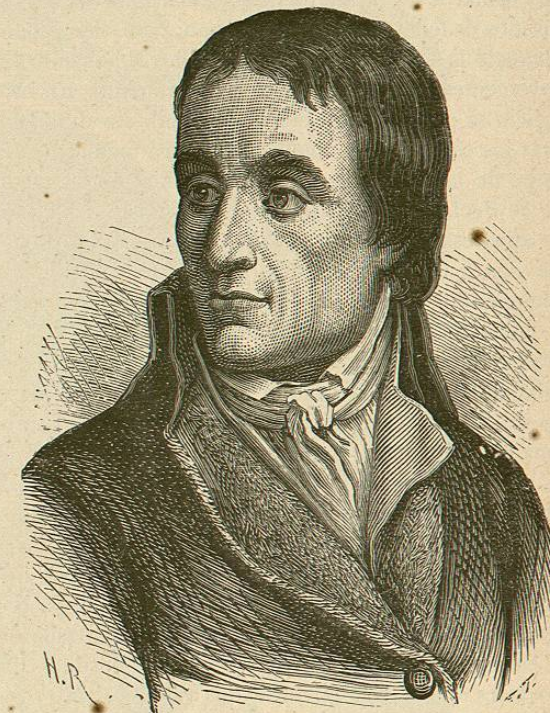
(1) Por esta época murieron de un modo desastroso algunos célebres girondinos: Guadet, Salles, Barbaroux, Buzot y Petión.

Hallábanse ocultos en Saint-Emilión, cerca de Burdeos, cuando llegó á aquel departamento el representante Jullien con el propósito de dar con ellos. Guadet y Salles fueron descubiertos en un granero, conducidos á Burdeos y guillotinado. Los otros tres pudieron escapar, y después de andar vagando por los campos toda la noche, vieron á lo lejos algunos soldados; creyéronse perdidos, y resolvieron no caer en sus manos. Al ruido de una detonación acudieron los soldados y encontraron un hombre bañado en su sangre: era Barbaroux que se había destrozado la mandíbula de un pistoletazo, pero sin lograr matarse. Fué llevado á Burdeos y decapitado en seguida.

Dos días después, varios labradores encontraron en un campo

Sin embargo, no vivían tranquilos los ejecutores. Dumas más estaba azorado, y Fouquier no se atrevía á salir por la noche, temiendo que le asesinasen los parientes de sus víctimas. Al cruzar un día por los postigos del Louvre con Senart, asustóse de un ligero ruido, producido por un individuo que pasaba cerca de él, y exclamó: *«Si hubiese ido solo, me habría sucedido alguna cosa.»*

El espanto que reinaba en las principales ciudades de Francia no era menor que el de París. Habíase enviado á Nantes, para castigar á la Vendée, á un tal Carrier, joven todavía y uno de esos entes medianos y violentos que en el torrente de las guerras civiles se convierten en monstruos de crueldad y extravagancia. Al llegar á



Carrier

Nantes, principió por decir que era preciso matarlo todo, y que, á pesar de la promesa de perdón hecha á los vendeanos que entregasen las armas, no se debía dar cuartel á ninguno de ellos. Al hablarle las autoridades constituídas sobre cumplir la palabra que se había dado á los rebeldes, contestó Carrier: *«Sois unos miserables; no sabéis vuestro oficio y os mandaré guillotinar á todos.»* Dicho esto, comenzó por mandar á sus tropas que fusilasen y ametrallasen, por grupos de ciento y doscientos, á los infelices que se rendían. Presentábase en la sociedad popular sable en mano y con la injuria en la boca, amenazando enviar á la guillotina. Poco después, no conviniéndole ya aquella sociedad, la disolvió, intimidando á las autoridades de tal manera, que no osaban presentarse á él. Cierta día quisieron hablarle de las subsistencias, y contestó á los oficiales del Ayuntamiento que no era negocio suyo; que al primer pillo que le hablase de subsistencias, le mandaría cortar la cabeza, y que no tenía tiempo de ocuparse de sus necesidades. Aquel insensato creía no tener más misión que la de matar.

de trigo los cadáveres de Buzot y Petión, medio devorados por los lobos. Más felices que Barbaroux, habían conseguido darse la muerte.

Quería castigar á la vez á los vendeanos rebeldes y á los nanteses federales, que intentaron un movimiento en favor de los girondinos después del sitio de su ciudad. Todos los días llegaban en tropel los infelices que habían escapado de la matanza de Mans y de Savenay, acosados por los ejércitos que les hostigaban por todas partes. Carrier mandaba encerrarlos en las cárceles de Nantes, donde reunió cerca de diez mil, organizando después una cuadrilla de asesinos que se diseminaban por los campos de los alrededores, detenían á las familias nantesas y agregaban á la rapiña la crueldad. Primeramente instituyó Carrier una comisión revolucionaria para juzgar á los vendeanos y á los nanteses, y mandaba fusilar á los primeros y guillotinar á los segundos, acusados de federalismo ó de realismo; pero bien pronto le pareció la formalidad demasiado larga, hallando inconvenientes en la muerte por fusilamiento. En este suplicio se procedía con mucha lentitud: era difícil enterrar los cadáveres, y como quedaban á menudo en el campo de la carnicería, infectaron el aire de tal modo que se declaró una epidemia en la ciudad. El Loira, que atraviesa por Nantes, sugirió á Carrier una espantosa idea, y fué la de desembarazarse de los prisioneros sumergiéndolos en el río. Para su primer ensayo mandó embarcar en una gabarra noventa clérigos, bajo el pretexto de desterrarlos, y la hizo zozobrar á cierta distancia de la ciudad. Hallado este medio, decidióse á usar de él más generalmente; renunciando á la irrisoria formalidad de hacer comparecer á los condenados ante una comisión, los hacía sacar durante la noche de las cárceles por partidas de ciento y doscientos, y conducirlos á los barcos, desde donde se les transportaba á otras pequeñas embarcaciones preparadas para este horrible fin. Arrojábase á los infelices al fondo de la bodega, se clavaban las escotillas, cerrando la entrada de los entrepuentes con tablas; retirábanse después los ejecutores en lanchas, mientras que varios calafates, situados en botes, abrían los costados de los barcos con sus hachas para echarlos á pique. De esta espantosa manera perecieron cuatro ó cinco mil individuos. Carrier se regocijaba de haber hallado este medio más expedito y sano para librar á la república de sus enemigos; y no sólo mandó ahogar hombres, sino también un gran número de mujeres y de niños. Cuando las familias vendeanas se dispersaron después de la derrota de Savenay, muchos nanteses habían recogido niños para educarlos. Carrier dijo que eran lobeznos; dispuso que fuesen restituidos á la república, y mandó ahogar á las más de aquellas infelices criaturas.

El Loira estaba cargado de cadáveres; al retirar las anclas los buques, sacaban á veces barcos llenos de ahogados; las aves de rapiña cubrían las orillas del río, alimentándose allí de restos humanos (1); y los peces se atracaron de tal modo de un alimento que hacía su uso peligroso, que el Ayuntamiento prohibió la pesca. A estos horrores se agregó una enfermedad contagiosa y la escasez; y en medio del desastre, Carrier, siempre poseído de cólera, prohibía toda muestra de compasión, cogía por el cuello y amenazaba con su sable á cuantos iban á decirle alguna cosa, y mandó poner un anuncio

(1) Deposition de un capitán de buque en el proceso de Carrier.

en el que se decía que cualquiera que fuese á solicitar por un prisionero, sería encarcelado. Felizmente, el comité de salvación pública acababa de relevarle, pues aunque deseaba también el exterminio, no quería la extravagancia. Evalúanse en cuatro ó cinco mil las víctimas de Carrier, la mayor parte vendeanos.

Burdeos, Marsella y Tolón expiaban también su federalismo: en Tolón, los representantes Frerón y Barras hicieron ametrallar á doscientos habitantes, castigando en ellos un crimen cuyos verdaderos autores se habían salvado ya en las escuadras extranjeras.

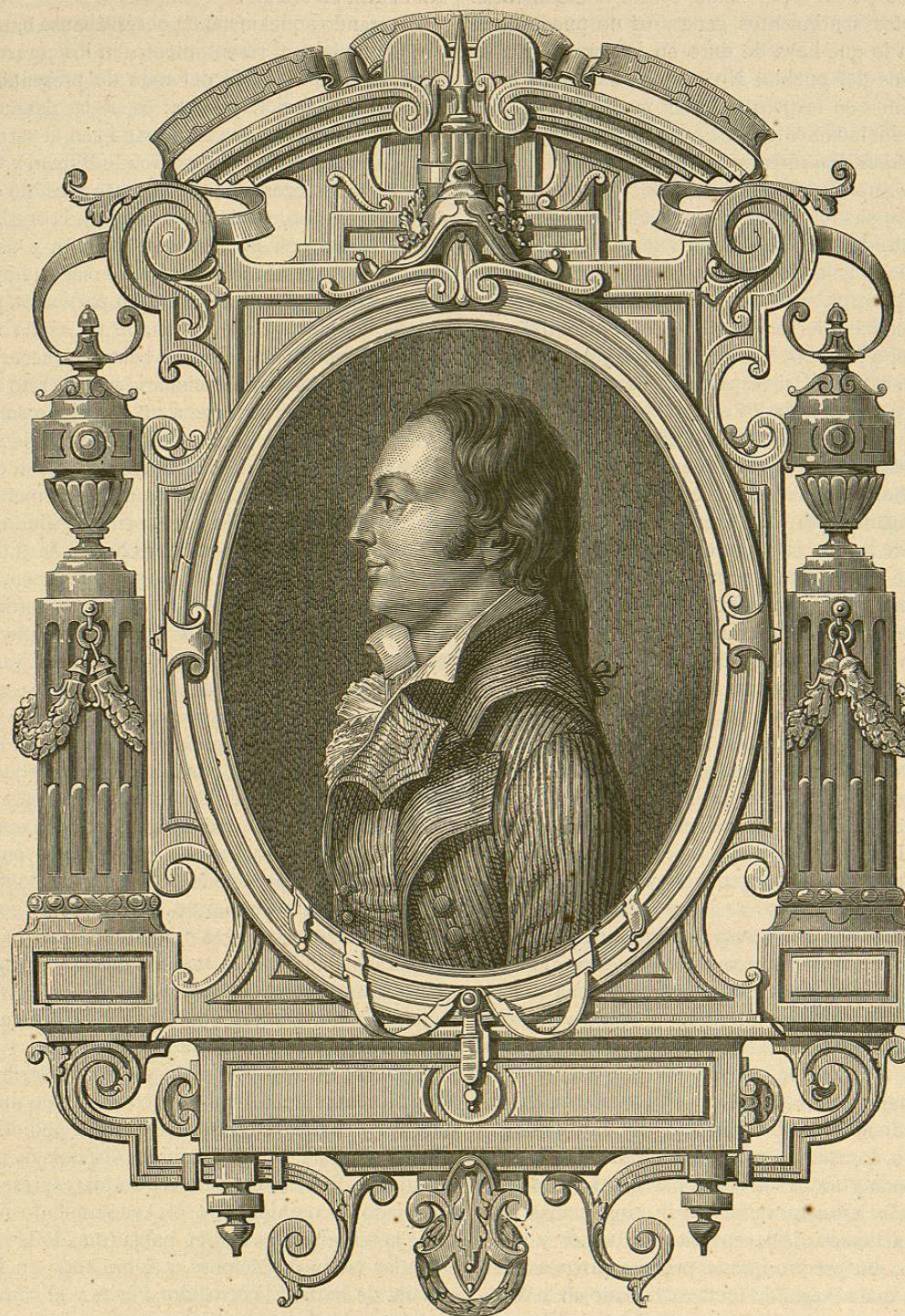
Maignet ejercía en el departamento de Vauclusa una dictadura tan temible como la de los otros enviados de la Convención. Había mandado incendiar la aldea de Bedouin por causa de rebelión, y á propuesta suya, el comité de salvación pública instituyó en Orange un tribunal revolucionario, cuya jurisdicción abrazaba todo el Mediodía. Estaba organizado como el tribunal revolucionario de París, con la diferencia de que no había jurados, y que cinco jueces condenaban, por lo que llamaban ellos *pruebas morales*, á los infelices que Maignet iba recogiendo en sus correrías. En Lyon habían cesado las sangrientas ejecuciones ordenadas por Collot d'Herbois; la comisión revolucionaria acababa de dar cuenta de sus tareas, presentando los nombres de los absueltos y de los condenados: habíase guillotinado á mil seiscientos ochenta y cuatro individuos, poniéndose en libertad á mil seiscientos ochenta y dos *por la justicia de la comisión*.

El Norte tenía también su procónsul. José Lebon: había sido clérigo, y confesaba él mismo que en su juventud hubiera llevado su fanatismo religioso hasta el punto de matar á su padre y á su madre si se lo hubiesen mandado. Era un verdadero demente, menos feroz tal vez que Carrier, pero más atacado de locura: por estas palabras y por su conducta reconocíase que tenía trastornada la cabeza. Había instituido un tribunal con autorización del comité de salvación pública, y recorría los departamentos del Norte, seguido de sus jueces y de una guillotina. Visitó Saint-Pol, Saint-Omer, Bethune, Bapaume, Aire, etc., dejando en todas partes sangrientas huellas. Habiéndose acercado los austriacos á Cambrai, y como creyese Saint-Just reconocer que los aristócratas de esta ciudad mantenían relaciones ocultas con el enemigo, llamó á Lebon, que en pocos días envió al cadalso á una multitud de infelices, pretendiendo haber salvado á Cambrai por su firmeza. Cuando Lebon terminaba sus correrías volvía á Arrás, entregándose allí á las más repugnantes orgías con sus jueces y diversos individuos de los clubs; el verdugo era admitido á su mesa y tratábanle con la mayor consideración. Lebon asistía á las ejecuciones asomado á su balcón, desde el cual hablaba al pueblo, mandando tocar el *Ça ira* mientras corría la sangre. Un día, como acabase de recibir la noticia de una victoria, corrió al balcón é hizo suspender las ejecuciones, á fin de que los infelices que iban á recibir la muerte tuviesen conocimiento del triunfo de la república.

Lebon se condujo con tal locura, que era acusable, hasta ante el comité de salvación pública. Varios habitantes de Arrás, que se refugiaron en París, hacían los mayores esfuerzos para ver á su conciudadano Robespierre y exponerle sus quejas; algunos le habían conoci-

do y aun favorecido en su juventud; mas no les era posible llegar hasta él. El diputado Guffroy, que era de Arrás, y que estaba dotado de gran valor, practicó activas diligencias en los comités para que se fijasen en la conducta de Lebon, y hasta tuvo la noble audacia de denunciarle

decore que no den lugar á las calumnias de la aristocracia. Las reclamaciones suscitadas contra Lebon por Guffroy en la Convención exigía un informe del comité, y Barrere fué el encargado de redactarle. «Todas las reclamaciones contra los representantes, dijo, deben



José Lebon

á la Convención en particular. El comité de salvación pública tomó conocimiento del hecho, y no pudo menos de llamar á Lebon; pero como no quería desairar á sus agentes ni aparentar que se podía ser demasiado severo con los aristócratas, envió de nuevo Lebon á Arrás, y escribióle después expresándose en estos términos: «Continúa haciendo bien, y hazlo con la cordura y el

ser juzgadas por el comité, para evitar debates que entorpecerían al gobierno y á la Convención. Eso es lo que hemos hecho aquí respecto á Lebon, buscando los motivos de su conducta. ¿Son éstos puros? ¿Es el resultado útil á la Convención y provechoso para la libertad? ¿Son las quejas sólo recriminatorias, ó son los gritos de venganza de la aristocracia? Esto es lo que el comité